

continuidad con el futuro— el hecho triste de que sea la propia jerarquía eclesiástica quien desaliente a la autoridad civil en esa preservación de la fe ambiental y de la unidad religiosa. Sin embargo, nada más orientador para el católico de hoy —súbdito o gobernante— que estos opúsculos del P. Segarra.

RAFAEL GAMBRA

**Jorge Siles Salinas: ANTE LA HISTORIA (CONCIENCIA HISTORIA Y REVOLUCION) (\*)**

Los nombres de Siles y Siles Salinas son bien conocidos entre nosotros. En primer lugar, a través de la política boliviana, donde dos generaciones de esta familia alcanzaron las más altas magistraturas del país y tomaron parte relevante en los acontecimientos políticos —incluso en los más recientes— de aquella República. Pero este nombre nos resulta familiar sobre todo por la figura de Jorge Siles, pensador, ensayista y escritor brillantísimo, que, exilado durante un largo período en nuestra patria a causa de los dramáticos sucesos revolucionarios de su país, adquirió entre nosotros un bien merecido prestigio intelectual y humano. Actualmente colabora asiduamente en revistas y diarios españoles de primera fila.

Editora Nacional acaba de publicar, en su Serie Filosófica, varios de sus más luminosos ensayos, reunidos bajo el título *Ante la historia (Conciencia histórica y Revolución)*. Aunque publicados en ocasiones, revistas y aun países diferentes, estos trabajos poseen unidad temática y se complementan entre sí en los diversos aspectos de una sola y fundamental cuestión. El gran tema abordado por este libro es la conciencia histórica del hombre, particularmente del hombre actual.

Por más que la vida humana sea esencialmente histórica y la condición del espíritu humano sea, ante todo, la de un heredero, cabe preguntarse: ¿es la conciencia de esta historicidad inherente al espíritu humano? Parece evidente que no. Precisamente esa conciencia de historicidad (el sentirse inmerso en una Historia —sagrada y humana— que tiene origen concreto, fases e hitos, y conclusión) es lo que aportó la mentalidad judeo-cristiana a la civilización occidental y lo que determinó una nueva Edad en la Historia Universal. Para la Antigüedad clásica, la historia concreta

---

(\*) Editora Nacional, Madrid 1969, 290 págs.

—el hecho singular y temporal— era sólo la realización o ejemplificación de unas esencias universales, atemporales, cuya consideración absorbía por entero el espíritu en su nivel intelectual. Lo mismo podría decirse de las culturas orientales panteísticas, para las que el acontecer histórico no era sino la expresión de un eterno retorno sin principio, referencias ni fin.

Pero cabe también una ausencia de conciencia histórica, no por carencia original de ella, sino por haberla perdido después de poscerla, en una ceguera de su realidad que conduce a un "instantaneísmo" ignorante de su pasado y de su inserción en una tradición humana. Tal es el caso —ejemplifica Siles— de los pueblos hispanoamericanos, que, partícipes biológica, cultural y religiosamente de una común tradición —católica y española— carecen por lo general de su conciencia y, por ello mismo, de cualquier forma de comunidad de destino.

Este fenómeno de pérdida —por abandono o por olvido— de la propia conciencia histórica adopta en la civilización contemporánea formas diversas, basadas generalmente en el culto idólatrico a la individualidad y a la vida, que se suponen constreñidas o asfixiadas por los lazos y compromisos de cualquier clase de tradición, normatividad o herencia cultural. Siles clasifica y describe con extraordinario vigor psicológico estos fenómenos disolventes de la conciencia histórica: el "instantaneísmo" (de tipo gidiano), el individualismo esteticista, la "historicidad incomprometida"...

Pero por encima de todas ellas se opera en nuestra civilización otra nueva y arrolladora pérdida de la conciencia histórica —un abandono intencional y dirigido de la misma— que se presenta bajo aspectos paradójicos. Por un lado, diríase que el hombre actual es hipersensible a la conciencia histórica. Nunca como hoy la "evolución histórica", las "exigencias de cada época", los "conflictos generacionales" se han erigido en dogmas inapelables. El hombre —individual y colectivamente— no se considera ya un ser substancial que evoluciona históricamente en relación (o en re-ligación) con realidades o valores absolutos, sino que se reconoce a sí mismo, en su mentalidad y valoraciones, como un producto de la Historia, gran flujo hipostasiado que avanza siempre por cauces de supuesto Desarrollo, Plenitud y Perfección. Frente a la imagen del hombre como protagonista de la historia en la realización concreta y perecedera de algo incambiable o atemporal (un designio trascendente, una idea moral), el hombre actual se siente producto de la Historia y concibe a ésta como un devenir inexorable que la ciencia puede conocer, pero que cada

hombre —o cada pueblo— no puede sino aceptar y asimilar. “Estar al día”, “ser avanzado en ideas o en creencias” es el único imperativo que subsiste en un mundo ya sin imperativos. Sin embargo, esta absolutivización y este culto de la Historia desembocan en una forma de negación de la historia o de atemporalidad (*ucronía*): tal es la paradójica concepción de la historia que subyace en el marxismo y que sirve de esquema mental —consciente o inconcientemente— al hombre actual. Todo en los individuos o en los pueblos es creación de la dialéctica materialista de la Historia. Leyes económicas cognoscibles determinan los períodos o fases de la Historia, así como la “superestructura” cultural, religiosa, institucional de la sociedad humana. Pero en la síntesis final de esa dialéctica —cuando trabajo y capital se reúnan de nuevo bajo la forma socialista— cesará definitivamente la tensión dialéctica y sobrevendrá la era organizativa de la Humanidad, paraíso sin clases ni tensiones, en que se habrán superado para siempre la historia y sus productos irracionales. Tal estado futuro —consecuencia prevista de la absolutivización de la Historia y de su culto idolátrico— sitúa al hombre en una nueva pérdida de la conciencia histórica en la que una atemporalidad esencial elimina para siempre toda existencialidad histórica.

El libro de Jorge Siles que comentamos constituye una profunda meditación de esta gran revolución mental por cuya virtud puede el hombre caer —está cayendo ya— en un “instantaneísmo” o en una “atemporalidad” de la técnica y de las satisfacciones inmediatas, controlables, dirigidas. El tema de esta meditación es el hombre actual *ante la Historia*: si la Historia es —como la vida humana— proceso temporal, habrá de comportar los tres momentos del desarrollo temporal: pasado, presente y futuro. Y a estos tres momentos responden, en efecto, los tres grandes capítulos del libro: un estudio del pasado en su dimensión creadora (Tradición y Ética), un análisis de la conciencia histórica presente y de la Revolución moderna, un ensayo, en fin, sobre “la conciencia actual del porvenir”.

Particular interés reviste el primero de estos artículos, reivindicación del concepto dinámico de la tradición. La tradición contra una visión superficial y hoy muy común, no es un pasado ya inexistente que ata y que lastra el presente, sino la gran fuerza creadora del espíritu humano que es, más que herencia, tradición acumulativa y proyectiva. El “instantaneísmo” revolucionario de nuestra época y la creciente organización técnica de la vida humana van proporcionando al hombre todos los bienes de abun-

dancia, previsión y confort que pudiera haber soñado. Pero simultáneamente le priva de los dos bienes radicales que otorgan sentido y valor humano a una vida: la continuidad y la fidelidad. El hombre que no se identifica ya con una continuidad (familiar, patria, institucional) ni siente ya el vacío de su ausencia, tampoco puede ser ya fiel a nada, y su vida se desarrolla en una soberana e inexplicable ausencia, como un infinito vacío sin límites ni sentido. El análisis de Jorge Siles sobre el concepto de fidelidad —en prolongación del realizado por Gabriel Marcel— contiene acentos de gran sutileza y de profunda emoción humana.

Termina el libro, como dijimos, con un ensayo sobre la conciencia actual del porvenir. Desde el optimismo confiado con que ilustrados y progresistas del XVIII y XIX lo esperaban todo de un porvenir radiante hasta las visiones siniestras de Orwell o de Huxley sobre un mundo tecnificado en que no haya cabida para el espíritu humano, Siles ofrece una serie de testimonios sobre este cambio de actitud del hombre moderno ante un futuro que parece caía vez más en sus manos. Sus últimas palabras son un llamamiento a la esperanza, término en que se cifra la visión cristiana de la historia. No una esperanza basada en el artificial optimismo de quienes desean ignorar el signo real de su época, sino basado tal vez en un "pesimismo activo", constructivo y lleno de generosidad. Aquella esperanza que se apoya en la fe viva en una Providencia que nos otorga la vida como un don gratuito del Creador.

Libro bellamente escrito y profundamente madurado que constituye el testimonio coherente y sincero de un presente que todos sentimos cada vez más denso y acuciante.

Rafael GAMBRA.

**Anastasio Granados, obispo vicario general de Toledo: EL CARDENAL GOMA, PRIMADO DE ESPAÑA (\*).**

Es curioso observar cómo en España se olvidan fácilmente figuras con talla de inmortalidad. A veces, ¡triste es reconocerlo!, tienen los extranjeros que descubrimos los valores patrios para que nosotros comencemos a fijarnos en ellos. Es una pena; pero es así.

Si Gomá, santo y sabio Cardenal español, Arzobispo de To-

(\*) "El Cardenal Gomá, Primado de España", por Anastasio Granados, Obispo Vicario General de Toledo, Espasa-Calpe, S. A. Madrid, 1969.